

IV

Al igual del maestro, consideraba su carrera una religión el joven astrónomo, y a ella dedicaba toda su actividad. Su casa era la torre del Observatorio, su balcón el anteojo, sus paisajes los dibujados sobre fondo azul por las constelaciones.

¡Qué dicha la suya cuando en las noches estrelladas, de cara a cara con el infinito, iba recorriendo anteojo en diestra el mundo sideral, para la mayor parte de los hombres todo incógnitas y misterios, para él todo claridad y sencillez!

Como el piloto dirige su barco de uno en otro océano, dirigía él su anteojo por los océanos celestes, sondando las profundidades, huyendo los escollos, llegando siempre al puerto luminoso donde le llevaban sus observaciones.

Una vez en puerto, es decir, una vez anclada su lente en el astro de escala, ¡qué deliciosas excursiones realizaban los ojos de Anatolio por la superficie aquella!

La luna, diosa pálida a quien los poetas dedican endechas melancólicas, era para Anatolio planeta despreciable, criatura muerta, sin alma, puesto que

atmósfera y calor la abandonaron para siempre. Luego, muy conocida; apenas si quedaba en su organismo cosa a descubrir. Así es que cuando el anteojo se detenía sobre la redonda esponja de alabastro, el astrónomo lo empujaba desdeñosamente y seguía su viaje pasando con indiferencia por Marte, por Venus, por todo nuestro sistema planetario. Eran amigos antiguos y no precisaban cortesías extremas.

Allá, lejos, muy lejos, donde las nebulosas van, por los méritos del anteojo, descomponiéndose en astros y más astros, era hacia donde rumbaban sus navegaciones constelares; y aun iba más allá, siempre más allá, buscando estrellas nuevas como busca tierras ignotas el navegante, perdiéndose en los océanos lechosos de arriba como se pierde en los hielos del polo el descubridor ansioso de alcanzarlo.

Quien viera al astrónomo en sus horas de observación, no le reconociera.

El jovenzuelo enclenque, de rostro paliducho y de encogidos ademanes, la débil criatura que no se atrevía a mirar a nadie, sufría una espléndida transfiguración.

Resplandecían sus ojos con fulgor entusiasta; una terca voluntad se exteriorizaba en las arrugas de su frente; el rostro adquiría calor, energías la boca, fortaleza los músculos, temblores anhelosos

las manos, grandeza total la insignificante figurilla. Imagen de conquistador parecía, examinando el campo de batalla, disponiéndose para el combate.

¡Y qué hermoso campo de batalla! ¡Qué divino espectáculo el del infinito repujado de estrellas!... ¡Qué sueños tan hermosos los de Anatolio cuando, cerrando los párpados, viendo con las pupilas de su imaginación, se consideraba transportado a un punto imaginario, desde el cual podía contemplar, de una vez y de un solo golpe, el espacio del firmamento comprendido entre la cruz del Sur y la estrella del Norte! ¡Sublime océano sideral aquél, donde millones y millones de estrellas resplandecían como faros indicadores de otros tantos mundos que, andando los siglos, se pondrían en relación directa, en directas comunicaciones, como lo están hoy los pueblos de la Tierra, de este planeta misérrimo y defectuoso que gira y regira, mendigando un poco de lumbre alrededor del sol!

¡Visiones de poeta en las que se confundían la quimera con la realidad, eran las de Anatolio entonces! ¡Prodigiosas visiones, por obra de las cuales llegaba a creer a los astros ojos de fantásticas criaturas que en la profunda noche le contemplaban amorosas, tendiéndole sus brazos, hechos con temblores de luz!

Así como el poeta materializa sus impresiones en estrofas armónicas sobre una cuartilla de papel,

en cuartillas materializaba las suyas Anatolio, escribiendo fórmulas algebraicas, trazando letras y números y signos.

Aquellas fórmulas, incomprensibles para los ignorantes, eran para Anatolio, para los como él iniciados en el lenguaje de la Astronomía, estrofas del poema del infinito, canciones de otros espacios y otros mundos, que iban desarrollándose sobre un pentagrama de masas y menos, de raíces cúbicas y cuadradas, de puntos y de líneas.

No cambiara Anatolio sus cuadernos algebraicos y geométricos por los cuadernos de poeta ninguno vivo; y no cambiara los manuscritos originales de su maestro por los del propio Alghieri, si alguien le propusiera el trueque. Como todo tiene sus contras, aquel vivir en perpetua relación con los astros había hecho del joven un hombre perfectamente inútil para la vida terrenal.

A tropezones andaba por la tierra Anatolio. Del vivir práctico no se le alcanzaba palabra. Afortunadamente, en lo que toca a bienandanzas materiales, se conformaba con tan poco, que podía dejarlo en cero. Su mezquino sueldo bastaba a las necesarias urgencias. Siéndole igual que fuera dura o blanda la cama y blandos o duros los garbanzos del cocido diario, siempre hallaba quien, por módico estipendio, diese alojamiento a su persona; y siéndole iguales también el corte y la condición de las ropas,

tampoco le era difícil hallar sastrero en razones de economía.

Después de todo, ¿qué se le daba a él de terrenas comodidades? Él casi no pertenecía a la tierra. Era un sujeto sideral encadenado a nuestro mundo por equivocación.

Pero su cadena le permitía ascender a la torre del Observatorio. Una vez en ella, podía volar, volar siempre, cada vez más alto. A lo alto miraba, sin bajar nunca los ojos a la tierra.

Un día los bajó.

Era un crepúsculo de mayo. Anatolio atravesó la puerta del Observatorio y tomó rumbo hacia el Retiro.

Tarde primaveral aquélla; hablaba, a la sangre, de remozamientos, y a los nervios, de voluptuosidad.

Como oro en polvo cernían las hojas los rayos postrimeros del sol; un airecillo suave vibraba en la atmósfera, empapada en perfumes de flores y de hierbas; cantaban los pájaros sobre las ramas verdes; desprendíase de la tierra húmeda un fuerte olor de engendramiento...

Anatolio, caído, mejor que sentado, en un banco, respiraba a pleno pulmón aquella atmósfera saturada de gérmenes; sus ojos seguían el picotear de los mirlos que se cortejaban entre el césped; los jilgueros se enviaban de un árbol a otro amorosas en-dechas; en un estanque próximo roncaban su livian-

dad las ranas; dos mariposas se perseguían encima de un rosal.

Anatolio se había olvidado del cielo; no era el Anatolio de siempre. Una gran languidez fué apoderándose de su cuerpo; los brazos cayeron al largo; los ojos se entornaron; por los abiertos labios salían suspiros de placentera angustia. Ansias de algo desconocido, no gozado por él aún, se iban enseñoreando del mozo. Sin que él se diera cuenta, su boca pronunció esta palabra: Amor.

Crujieron las ramas, y un grupo de muchachas apareció enfrente de Anatolio. Última de todas era una que frisaría en los veinte años. Morena de tez, negra de ojos, con mucha sangre en los labios y mucha gracia en el andar, pasó por frente del astrónomo.

Éste se alzó del banco y, maquinalmente, echó tras la muchacha.

Al ruido de los pasos de él volvió ella la cabeza y el idilio empezó.

Idilio de pájaros pobres, que la necesidad de ganarse la vida interrumpía con paréntesis largos.

La muchacha era modista de sombreros. Únicamente a la salida del taller podía encontrarla Anatolio para acompañarla media hora y dejarla en el portal de su casita humilde.

Para desquitarse de la homeopática entrevista tenían los domingos.

Y se desquitaban en las mismas poéticas alamedas donde se conocieron. Se desquitaban con largos apretones de manos, con besos furtivos, con diálogos que suplían la brevedad del ósculo. Sólo que tan dulces desquites hallaban dique en la vigilancia extrema de la madre y en una hermana solterona que, por despecho de la soltería definitiva, se había declarado, en punto de amores ajenos, la propia rigidez.

El astrónomo se casó.

V

Fué modesta la boda, sin que en ella faltara ninguna de las cursilerías propias a este género de ceremonias.

Carmen se plantó en el moño y en la pechera del vestido los ramitos de azahar; la madre ciñó — es un decir — el traje de seda, no reformado de veinte años a entonces; la hermana cuarentona echó también mano de los azahares, en prueba de su fósil virginidad; y la comitiva, precedida por el padrino, tomó la rufa de la iglesia.

Previas las bendiciones y la plática del sacerdote y el mendiguelo de sacristán y monaguillos, fueron a tomar desayuno al próximo café.

—¡Vivan los novios! — gritaba la granujería, asomándose por las ventanas del establecimiento —. ¡Vivan los novios! — repetían los pobres de oficio —. ¡Vivan los novios!..., parecían decir con desentonados acordes el violín y el piano del café. —¡Vivan los novios! — exclamó la comitiva a coro.

Mudado el traje de ceremonia por otro más sencillo, tomaron, novios e invitados, asiento en un ómnibus que los condujo a la Bombilla.

Allí, lo de siempre: el tan acreditado arroz y la clásica ternera con guisantes. Hubo también, porque el padrino era rumboso, su mucho de Champagne y sus no pocas borracheras.

Tengo observado que en estas solemnidades, casi todas las personas formales que ponen como un trapo a quienes abusan del vino, se emborrachan de un modo escandaloso y cometen en un solo día más inconveniencias y disparates de los cometidos en un año por un *curda habitual*.

Al son del organillo danzaron como trompos los enardecidos comensales; una señora de cien kilos y un caballero de sesenta años bailaron sevillanas. Una escuálida señorita, de ojos pintarrajeados, se acompañó con su guitarra unas malagueñas. ¡Y qué malagueñas! Escuchándolas, acababa uno hasta por aborrecer los boquerones.

No pararon ahí las habilidades y las gracias.

El esposo de la maestra de Carmen se puso a imitar animales. ¡Cómo lo hacía el buen señor! En algunos casos era la verdad propia. Los jumentos del merendero le acompañaron apenas dió el primer rebuzno. Pero donde sobresalió, donde llegó a las cimas del arte, fué haciendo el buey.

— ¡Es un buey!... ¡Es un buey de veras! — gritaba todo el mundo.

La esposa sonreía, dando su sonrisa completa razón a las afirmaciones.

Después del buey, le tocó turno de habilidades a una niña declamadora, que enjaretó a los novios versos compuestos ad hoc por un empleado del Tribunal de Cuentas, que enviaba composiciones a todos los Juegos Florales y comedias a todos los concursos.

Versos y niña recitante, corrían parejas en bondad.

Luego vino el fotógrafo, el inevitable fotógrafo; y hubo que formar corro, y mudar de posición diez o doce veces, y ponerse muy serios cuando el hombre enfocó el aparato.

Luego... Luego más vino y más baile, y menos vigilancia en las madres, y más afán en las hijas y novios de las hijas para tomar anticipos discretos de las bodas futuras.

Anatolio miraba a su Carmen embobado.

Y había razón para el embobamiento, que estaba preciosa la muchacha con sus ojos negros, y su boca de labios bermejos, y su cuerpo gentil, y su alto pecho, temblante de emoción...

— Mira — dijo Anatolio a su novia, aprovechando un momento en que baile y vino distraían a la concurrencia —. Esto es insoportable; el que no está borracho está loco. Luego que..., vamos, me parece que nuestro cariño no precisa tan ridículos acompañamientos. Así, como distraídos, nos vamos donde están los sombreros. Tú coges el tuyo. Yo

tengo puesto el mío. Nos escurrimos en un coche, y a casa. ¡Que bailen y que beban ellos!

— Pero...

— ¿Qué te detiene?

— No sé..., me da vergüenza...

Cedió al cabo. ¡Naturalmente!

Sin ser vistos abandonaron la Bombilla dentro de un coche de alquiler. En él se dieron libremente, temblando de amor y de deseo, el primer beso de casados...

VI

Anatolio conoció un astro nuevo: la luna de miel. Brilló ésta con absoluta plenitud en su cielo matrimonial durante algunos meses. Luego fué menguando poco a poco, no por falta de ilusión y de cariño entre los cónyuges: porque trabajo y necesidades la fueron recortando. No era posible, en hogar humilde, dedicar al amor todas las horas del día y de la noche. Anatolio volvió a sus anteojos y a sus cifras; Carmen tuvo que emplearse en la difícilísima tarea de estirar los duros y de ir preparando los primeros envoltorios para el fruto de bendición.

A los nueve meses y veintiún días de la boda vino á este mundo el primer hijo de Anatolio y de Carmen. Después de aquél, con regularidad cronométrica, todos los años aparecía un nuevo vástago en la casa.

Era fecunda, demasiado fecunda para un sueldo anual de 2.000 pesetas, la esposa del astrónomo. Menos mal que ella criaba los chiquitines y aun le daba tiempo la crianza para dedicarse al oficio y aumentar los ingresos con algunos sombreros, tan

modestos como la parroquia que hacía de ellos el encargo.

Buena mujer Carmen, sobrellevaba la carga con alegre paciencia y hacía verdaderos milagros para que lo más preciso no faltara dentro de su hogar, donde, a más de Anatolio, de los hijos y de ella, comían, vestían y dormían su madre anciana y la histérica solterona.

Esta última hacía en la casa los oficios del moscardón. Zumbaba y murmuraba de esta habitación en aquella, gruñendo por todo, por el llanto de los chiquillos, por las caricias de marido y mujer, por los alifafes de la vieja, por la comida, por la luz, por el aire. Hasta el aire molestaba a aquella cuarentona, falta de hombre y cada hora más y más necesitada de él.

Anatolio, vuelto a su Observatorio, tornó a su antigua sideral existencia, a su vivir apartado de la tierra casi por completo, a sus navegaciones por los infinitos azules, a sus cálculos y problemas.

Gozaba, en todo el mundo científico, reputación de sabio; tenía directas relaciones con los Observatorios principales del Globo; poseía títulos de corresponsal en la mayor parte de las Academias, Centros e Institutos geográficos; las Revistas del gremio solicitaban sus artículos; sus folletos gozaban de merecida fama. No ocurría en el espacio acontecimiento para el cual no reclamasen su con-

curso, ni un astro se movía en el infinito sin previa licencia de Anatolio.

Pero estas glorias y preeminencias, que se traducían en diplomas honoríficos, consultas, también honoríficas, títulos académicos, cartas laudatorias, sueltos encomiásticos de la Prensa y medallas de níquel, no se traducían en pesetas; y de pesetas andaba más necesitada cada vez la casa del astrónomo.

Los folletos y libros de éste, que tenían inmenso valor para la Astronomía, teníanlo muy escaso para editores y libreros. La parroquia sideral era muy reducida; las ediciones no pasaban de los mil ejemplares, y cuando Anatolio entraba, manuscrito en mano, por un despacho editorial, el editor, luego de contemplarle desdeñosamente y de rebajar los méritos de la mercancía, según uso y costumbre, dábale por ella una mínima cantidad, siempre inferior a las perentorias necesidades que motivaban y precipitaban el trato.

— En fin, ¡qué remedio! — según decía Carmen —. Se pasará como se pueda. Dios no abandona a los que trabajan.

Ciertamente no los abandona, pero se distrae mucho; y la buena Carmen, con sus cuatro chicos, y su madre y su hermana, vivía en continuo apuro y sobresalto.

Pesa un hogar bastante, por humilde que sea; es

poema sublime, el que realizan obscuramente las mujeres del pobre, para sostener el hogar con sus brazos, para librar esa lucha ruin que se traduce en sortear deudas pequeñas y en improvisar, sin dinero, libretas de pan, jícara de garbanzos y gramos de carne.

Es de ver cómo se quitan diez céntimos de acá para reponerlos allá, cómo se escatiman el carbón y la luz, cómo se remienda un vestido con otro, cómo se disimula la escasez del mendrugo y la substancia del caldo con bazofias; herculianas faenas que realiza, minuto a minuto, silenciosa y cachazudamente, la mujer en los hogares pobres.

Así hacía Carmen sin que la sonrisa huyera de su boca y la confianza de su alma. Así transcurrían para ella los meses y los años; así con cada año nuevo venía otro hijo nuevo sin pan alguno bajo el brazo, pero con unas ganas atroces de mamar.

VII

Anatolio no se daba cuenta de la mala situación de su hogar.

Si el amor de la hembra pudo apartarle durante cuatro o cinco meses de sus verdaderos amores, pronto volvió a ellos más enamorado, más entregado que antes, sorbido materialmente por la pasión del astro.

Cuando salía del Observatorio y tornaba a su domicilio, era viaje de sonámbulo el suyo por estas calles de Madrid.

Como un sonámbulo llegaba al portal de su casa y remontaba la escalera y tiraba de la campanilla; como un sonámbulo entraba en la reducida habitación donde le aguardaban su mujer y sus hijos. Besaba a éstos, abrazaba a aquélla, saludaba con afectuoso saludo a su suegra y a su cuñada, embaulaba el condumio y se metía en su despacho a ordenar sus diarias observaciones, o a emborronar cuartillas para artículos y folletos.

¡Siempre igual! Su cuerpo andaba y moraba en la tierra, pero su espíritu no se movía de la altura.

Tenía en los interiores del cerebro una lente, y dibujado sobre ella, el mapa del espacio.

Estoy por afirmar que aun durante sus horas de matrimonial esparcimiento y de amorosas conjunciones, andaba más que en las suyas en las de un planeta con otro. Sólo que, a pesar de ello, los hijos venían puntualmente. Una vez lo hicieron a pares, niño y niña, como quien dice Marte y Venus.

Anatolio la erró casándose. Hombres como él nacen para estar solos, a disposición franca del ensueño, sin trabas que les sujeten a la realidad.

¿Quién dichoso más que él cuando, muerto don Lucas y enterrados los padres definitivamente, quedó libre encima de la tierra? ¡Ay si continuara soltero, sin más gastos que los de una casa de huéspedes baratita, muy baratita, sin otras hembras que las de urgencia y ocasión, baratitas también!

¡Mala tarde la del hermoso abril en que abandonó su Observatorio y fué a recostarse contra aquel banco del Retiro y sintió dentro de su carne el llamamiento de la primavera!

Venganza del planeta Tierra, encolerizado con los desprecios del astrónomo, fué la aparición de la criatura femenina. Por sueño la tomaba Anatolio. Al presente el sueño se había vuelto mujer propia con seis hijos y añadidura de madre vieja y hermana en irremediable soltería.

Y cuidado que, a pesar de éstas y de otras reflexiones, el hombre quería a su esposa y adoraba en sus hijos. Hasta soportaba, sin enfados mayores, a la cuñada y a la suegra.

No le importaran a él ahogos, trabajos y materiales sacrificios si no vinieran a estorbarle en sus horas de estudio y de científica abstracción.

Esto era insufrible, y esto era lo que un día y otro ocurría en el domicilio del sabio.

Unas veces eran los chicos, rompiendo en llanto estrepitoso o en risas más estrepitosas que el llanto; otras, la cuñada, que, a la menor contrariedad, se desgarraba en ataques de nervios coceadores y gritones; algunas, pocas ciertamente, la misma Carmen, que entonaba cánticos para distraer penas y miserias. Hasta la vieja, con sus ataques de asma, solía interrumpir los éxtasis del matemático.

Pálido, nervioso, sujetándose con ambas manos la cabeza, en actitud de quien recibe un golpe, abría Anatolio la puertecilla del despacho y gritaba con suplicante voz:

— ¡Por Dios, esos niños! ¡Por Dios, búscale un marido a tu hermana, a ver si acaban los ataques! ¡Por Dios, Carmen, déjate de canturías! ¡Ay, doña Martina de mi alma, tome usted el jarabe, a ver si le pasa la tos!... ¡Tengan misericordia! ¡No ven que de esta manera es imposible trabajar!...

Y vaya cuando la molestia venía de los de la

casa. Entonces acababan, mal o bien, por callarse y dejar tranquilo a Anatolio.

¿Pero quién calla a un panadero que reclama ocho días de pan? ¿A un carbonero que sube, factura en mano, echando lumbre por ojos y por boca? ¿A un tendero de comestibles que lleva dos meses sin cobrar? ¿A un zapatero que ve sin suelas y tacones las botas que no ha cobrado aún?

A éstos de ningún modo se les calla; y éstos daban campanillazo tras campanillazo en la puerta de la habitación, y chillaban como energúmenos, y se revolían pasillo adentro, y llegaban a no respetar el estudio de su deudor y se presentaban frente a él puños en ristre y juramento en labios.

¡Qué desesperación, en tales momentos, la de mi hombre! Él, que conocía *ce* por *be* todos los metales existentes en cada planeta del sistema solar, no hallaba metal alguno en sus bolsillos para tapar la boca de aquellos deslenguados, incapaces de comprenderle y, lo que es peor, de fiarle una perra por respeto a su sabiduría.

Aun así y todo, sorteado el primer achuchón, pasaba Anatolio por voceríos familiares y por juramentos de acreedores.

Por lo que no pasaba, por lo que sufría cuanto puede sufrir persona, era por otro asunto.

Sabido es que la condición de Anatolio corría parejas con la del caracol. La perpetuidad inquil-

naria significaba para él el *sumum* de la felicidad; en su convivir con D. Lucas, los trasiegos domiciliarios constituyeron la única pena, la tremenda desventura del fámulo-estudiante.

Pues bien: al año de casado fueron las mudanzas, a falta de otro muchas veces, el pan nuestro de cada día.

¿Por deliberado propósito en Carmen? ¿Por intranquila y tornadiza condición del grupo familiar? No; por necesidad y por mandato imperativo de los artículos legales que se refieren al desahucio.

¡Siempre las malditas consecuencias de vivir fuera de este mundo, con los ojos del espíritu y de la carne puestos en las constelaciones! ¡Váyale usted con constelaciones a un casero!... ¡Bueno anda el percal para volantes!

Escasa la paga, numerosa la prole, pocos los ingresos fortuitos, si para el diario pasar sufría grandes apuros Carmen, no vale decir cómo los sufriría para echar fuera las atenciones de primeros de mes.

A ser Anatolio hombre práctico, hubiera utilizado fama, medallas y diplomas en mejorar su economía, pavoneándose ante esos ricachos que reciben a las eminencias en clase de figuras decorativas, o haciendo rueda a algún personaje que le pagara su adulación con limosnas disfrazadas de comisiones.

¡Bueno era Anatolio para faenas de tal índole! Ni sabía que pudieran realizarse ni, aun sabiéndolo, pusiéralas en práctica. Aquel majadero de sabio tenía dignidad. ¡Como si tal vicio se pudiera tener con suegra, cuñada, parienta, media docena de críos y cincuenta duros de sueldo. Es decir, tenerse, sí se puede tener, ateniéndose a las resultas.

A ellas se atenía Anatolio. Hablo mal, las sufría cuando llegaban, y, siempre que llegaban, le causaban una sorpresa grande.

Embebecido en sus cálculos y en sus estudios, los sucesos pasaban por él como por el mármol el agua, resbalando sin penetrarlo. Carmen le ocultaba el peligro, segura de que no lo había de evitar. Sólo cuando la cosa no daba espera, cuando, no pagado el mes vencido, se entraba en el siguiente y el alguacil presentaba a Anatolio la papeleta de desahucio, caía éste en la cuenta.

Entonces comenzaba la inquisición para él.

«¡Hay que mudarse!... ¡Hay que mudarse!», murmuraba al salir del Juzgado municipal. ¡Mudarse!... ¡Qué horror! ¡Hallar dinero para la mudanza, qué hazaña!

Y sin disminuir sus lamentaciones, revolvió la tierra, en el firmamento no hay de qué, para aportar recursos. Los aportaba al fin malvendiendo algún manuscrito, empeñando ropas, y lo que es más duro, instrumentos, pidiendo al habilitado an-

ticipos. Después..., después, ¡a la mudanza!, ¡a la horrible mudanza!; a recorrer plazas y calles estirando el cuello, dilatando los ojos, subiendo escaleras, huroneando habitaciones, hasta dar con domicilio, si no conveniente, posible.

En seguida a avistarse con el dueño de la finca, o con el administrador o con el portero, a dejar la señal para que quitasen los papeles, a pagar mes adelantado y de fianza, a firmar el contrato y a hacerse entrega de las llaves.

A continuación en busca del carro de mudanza, donde nunca entran todos los muebles por escasos que sean; a pelearse con los mozos, que de todo gruñen y para todo exigen propina; a pasar tres o cuatro días mascando basura, ordenando papeles; y terminado todo, a desplomarse contra un mueble, rendido del insoportable trajín, asqueado de aquella polvorienta realidad, tan lejana y distinta de su cielo, amueblado con astros que espolvorean sobre la tierra partículas de luz.

Esto ocurría hoy; y a los tres, a los cuatro meses, cuando el sabio, vuelto a su vivir extraterreno, hallábase más engolfado en los éxtasis siderales, torna a la citación y torna al juicio de desahucio, y torna a recorrer calles y a firmar recibos y andar con carros y mozos de mudanza, entre una nube de polvo y una montaña de papeles y pingos.

— ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! — gritaba Anato-